

Cuando me inundas en claridad;
Y desde entonces, gentil doncella,
Me revelaste felicidad.

¡Oh, si las ansias decir pudiera
Que siente el alma, desde que viera
Ese semblante que amor inspira
Y los hechizos de tu candor!
Mas, rudo el labio, torpe la lira,
Decir no puede lo que es amor.

Del Iris puede pintarse el velo;
Del sol los rayos, la luz del cielo;
La negra noche, la blanca aurora;
Mas no tus gracias ni tu poder,
Ni menos puede de quien te adora
Decirse el llanto y el padecer.

Amor encuentra doquier que vuelva
La vista en torno; la verde selva,
Florido el prado y el bosque umbrío,
La tierna hierba, la hermosa flor,
Y la cascada, y el claro río
Todos me dicen: amor, amor.

Cuando te ausentas, el campo triste
De luto y sombras luego se viste;
Mas si regresas, la primavera
Hace sus galas todas lucir:
¡Oh, nunca, nunca de esta ribera,
Doncella hermosa, quieras partir!

Ya los primeros albores
Del nuevo día, en Oriente
Se mostraban superiores,
Y de rayos brilladores
La aurora ornaba su frente.

Gotas de claro rocío
Calmaban sobre las hojas
Los ardores del estío,
Y las amapolas rojas
Besaba el céfiro frío.

La luz el Oriente dora,

Y á los acentos suaves
De la canción que enamora,
Siguió la voz de las aves
Cantando á la nueva aurora.

SITIOS Y ESCENAS DE ORIZABA Y CÓRDOBA.

LA FUENTE DE OJOZARCO.

Sonora, limpia, transparente, ondosa,
Naces de antiguo bosque, ¡oh sacra Fuente!
En tus orillas canta dulcemente
El ave enamorada y querellosa.

Ora en el lirio azul, ora en la rosa
Que ciñen el raudal de tu corriente,
Se asientan y se mecen blandamente
La abeja y la galana mariposa.

Bien te conoce Amor por tus señales,
Gloria de las pintadas praderías,
Hechizo de pastoras y zagales.

¿Mas qué son para mí tus alegrías?
¿Qué tus claros y tersos manantiales,
Si sólo has de llevar lágrimas mías?

EL MOLINO Y LLANO DE ESCAMELA.

Tibia en invierno, en el verano fría
Brotó y corre la fuente; en su camino
El puente pasa, toca la arquería,
Y mueve con sus ondas el molino:

Espumosa desciende, y se desvía
Después, en curso claro y cristalino,
Copiando á trechos la enramada umbría
Y el cedro añoso y el gallardo pino.

Mírase aquí selvosa la montaña:
Allí el ganado ledo, que sestea
Parte en la cuesta, y parte en la campaña.
Y en la tarde, al morir la luz febea,
Convida á descansar en la cabaña
La campana sonora de la aldea.

LA CASCADA DE BARRIO NUEVO.

Crecida, hinchada, turbia la corriente
Troncos y peñas con furor arrumba,
Y bate los cimientos y trastumba
La falda, al monte de enriscada frente.

Á mayores abismos impaciente
El raudal espumoso se derrumba;
La tierra gime; el eco que retumba
Se extiende por los campos lentamente.

Apoyado en un pino el viejo río,
Alzando entrambas sienes, coronadas
De ruda encina y de arrayán bravío;

Entre el iris y nieblas levantadas,
Ansioso por llegar al mar umbrío,
A las ondas increpa amotinadas.

EL VIENTO SUR.

Sobre el coro de estrellas que fulgura
Do el Centauro del Sur gira despacio,
Sale el Austro feroz de su palacio,
Numen terrible de venganza dura.

Blondo el cabello, armada la cintura,
Sus ojos como llamas de topacio,
Volando, deja ver en el espacio
Los pliegues de su roja vestidura.

Abre á un punto las puertas á los vientos:
Arrebata las plantas y las flores:
Amenaza turbar los elementos;

Y doblando sus iras y furores,
Esparce en remolinos turbulentos
Aridez, sequedad, polvo y ardores.

EL VIENTO NORTE.

El retirado Bóreas que en los Triones
Impera, anciano, con dominio pleno,
Hace llamar á sí con voz de trueno
Las nubes en espesos escuadrones.

Á mantener sus triunfos y blasones
Terrible se adelanta, aunque sereno,
Y á su adversario de despecho lleno,
Arroja á las antárticas regiones.

Tendido pabellón de gruesa niebla
Vela su cana frente veneranda,
Y larga barba que su rostro puebla:

Y de su trono, entre las nieves, manda
Que dé á la tierra su frescor la niebla,
Y riego el cielo con su lluvia blanda.

LAS AZTECAS.

Respuesta de un príncipe azteca á un embajador.

Discreto embajador, seas bienvenido,
Para esplendor y luz de esta morada:
Ella con tu presencia queda honrada,
Y en su recinto tu discurso ha sido
Cual música acordada.

Fragantes son los ecos de tus labios.
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas.

Rompe la fuente su canal estrecho,
Dulce el panal destila de la roca:

Así descienden, con verdad no poca,
Sentencias graves de tu noble pecho,
Dulzuras de tu boca.

Eres para el monarca que te envía
Intérprete feliz del pensamiento:
Su noble y elevado sentimiento
Añade glorias á la gloria mía,
Contento á mi contento.

No sé si aqueste infante, hora nacido
(Ofrenda preparada á la fortuna),
Como sol reine sin mudanza alguna,
Ó bien imite con vagar perdido
Los pasos de la luna.

No sé si en horas de pesar amargas
Lo implique el infortunio en sus rodeos,
Ó si lleno de glorias y trofeos
Feliz exceda, por edades largas,
Su vida á mis deseos.

Que el numen de la muerte pavoroso
¡Ay! no respeta condición ni estado;
Á un tiempo mismo con su soplo helado
Postra al anciano, al luchador famoso,
Y al niño delicado.

Tu acento alegra el corazón de un padre,
Como al campo las gotas de rocío
En la alborada de abrasado estío;
Ufana dejas á la nueva madre;
Honrado al hijo mío.

Páguete el cielo voluntad tan buena:
Con ella nuestros pechos aprisionas;
El claro rey, cuya grandeza abonas,
Próspero extienda en su vejez serena
Imperios y coronas.

CONSEJOS DE UN PADRE Á SU HIJA.

Hija, preciosa como grano de oro,
De amor rico tesoro;

Bella, como la luna en noche fría,
Ó como estrella que precede al día;
Graciosa, como cándida paloma,
Cuando serena por el cielo asoma:
No suena en la espesura
La ave con tal dulzura,
Hija, retrato de tu hermosa madre,
Como tu voz al corazón de un padre.

Encanto de mi amor y de mi vida,
Al corazón unida
Como á su tallo la azucena hermosa,
Ó á su verde botón purpúrea rosa,
Cuando presente estás, mi alma florece,
Y en tus gracias se goza y enriquece;
Pero sin ti marchita,
Se postra y debilita:
Eres causa feliz de mi sosiego
Y objeto de mi amor y casto fuego.

Descansa aquí conmigo juntamente,
Al margen de esa fuente
Que, corriendo al estanque cristalino,
Dilata entre las flores su camino;
Cúbrese el valladar de hiedras varias,
Y las tórtolas gimen solitarias:
Nos dan sombra y asilo
El álamo y el tilo;
En esta soledad, del mundo lejos,
Presta dócil oído á mis consejos.

Al Supremo Hacedor, que formó el mundo,
Y en el cielo profundo
Enciende entre las nubes las centellas,
Ó hace brillar las nítidas estrellas,
Debes la vida y ser, la luz que miras
Y el aura que dulcísima respiras.
En la tierra te puso:
De la razón el uso
Te dió, para que humilde le veneres,
Y por su ley tu corazón moderes.
En la vida del hombre no hay descanso:

Ora arroyuelo manso,
Ora sin diques montaráz torrente,
Camina sin cesar al mar rugiente.
Cubre tu lecho de olorosas flores,
Y encontrarás espinas y dolores.
¡Dichosa si mantienes
Los males y los bienes,
Gozos y penas en igual balanza;
Y sólo en Dios colocas tu esperanza!
 Mezcló el Criador contentos con enojos,
Colores dió á los ojos,
Deleite al paladar, al labio risa,
Y tras penoso afán quietud precisa;
Pero quiso también que fiebre ardiente,
Insomnio triste, malestar doliente,
Turbasen en la vida
La dicha apetecida.
Palacios alza el hombre, y no se cura
Que su mansión será la sepultura.
 Has vivido hasta aquí como en un sueño:
Despierta, y con empeño
Lo que cumple á tu ser atiende y mira,
Y aparta la verdad de la mentira.
Próspera vivas dilatados años,
Pero inocente siempre y sin engaños.
Guarda para tu esposo
Tu pecho virtuoso:
Serásle fiel y en amorosos lazos
Dilata á su vivir tranquilos plazos.
 Nacida fuiste, cándida y hermosa,
De sangre generosa:
En el trono imperial padres y abuelos
Dejaron de virtud claros modelos:
Mira que torpe acción nunca deslustre
Tu heredado valor y sangre ilustre.
Deja el jugar de niña:
Apréstate, y alíña
Tu casto pecho á la virtud constante,
Y á la dulce modestia tu semblante.

Despierta diligente con la aurora:
Á Dios humilde adora:
Los númenes respeta tutelares
Con fe sencilla, en los paternos lares,
Rindiendo á sus imágenes honores
Con aguas puras y olorosas flores:
Ó bien en bosque denso
Quema en su altar incienso:
Cubra tu frente religioso velo,
Y comienza tus obras por el cielo.
 En haciendas domésticas te emplea,
Y prudente tarea
Á tus criadas reparte y distribuye:
Del ocio torpe los halagos huye.
Suene la lanzadera resonante
En tu telar, cuando la esclava cante
En la noche serena,
Por aliviar su pena.
Si sus labores diligente velas
Tu esposo vestirá preciosas telas.
 Suspenda ya su voz el labio mío:
Á tu prudencia fío
Que en el silencio del paterno techo
Grabes estas palabras en tu pecho.
Mira que la prudencia te ilumina
Por medio de la luz de mi doctrina.
Dichosa si sus dones
En tu memoria pones,
Y cual rico caudal de plata y oro
Forman ellos tu hacienda y tu tesoro.

CONSEJOS DE UNA MADRE A SU HIJA

AL TIEMPO DE CASARLA.

¡Unida á un nuevo amor, de esta morada
Tu esposo te desvía,
Traslado de tu padre, idolatrada,
Prenda del alma mía!

¡Dulcísimo embeleso á mi memoria!
¡Imagen lisonjera!
¡Tú fuiste mi contento, tú mi gloria
En tu niñez primera!
Ya no tu madre al escuchar tu llanto
Sobresaltada vela,
Ni te arrulla en la noche con su canto
¡Paloma pequeñuela!
Ni cuando en la alba, al declinar la luna,
El genio malo acecha
Al tierno infante en solitaria cuna,
Al corazón te estrecha.
Ya no tu huella entre las nuevas flores
Por vez primera guía,
Ni te cubre en el campo á los ardores
Del sol del mediodía.
Ni escucha de tus labios balbucientes
Dulce voz que la llama,
Ni mira en tus ojuelos refulgentes
Brillar celeste llama.
Pero te mira, joven floreciente,
En retirada estancia,
Como ignorada rosa, que el ambiente
Inunda de fragancia.
Modesta y pura, sin hacer alarde
De tus hechizos, bella,
Eres como en las sombras de la tarde
La retirada estrella.
Hora que, herida de dolor, me toca
Llorar tu ausencia fiera,
Escucha los consejos que mi boca
Te da la voz postrera.
Del númen poderoso de los cielos
Guarda las leyes santas;
Las sendas de virtud de tus abuelos
Pisen siempre tus plantas.
Nunca amor extraviado y delincuente
Tu corazón mancille:
En tus humildes ojos y tu frente

Siempre el recato brille.
Cuando á la calle salgas, no revuelvas
La vista, erguida y vana,
Ni el manto que te adorna desenvuelvas
Con actitud liviana.
Nunca el afeite tu semblante altere
Con sus colores vivos:
Ni lúbrica canción, que el alma hiere,
Penetre en tus oídos.
Ama á tu esposo con amor sincero,
Al desvalido auxilia,
Enseña la virtud, dando primero
Ejemplo á tu familia.
Lleva á tus ojos por la firme senda
Que al bien nos encamina,
Y á tus postreros nietos encomienda
Esta misma doctrina.
Es nuestra vida tránsito doblado
Entre abismo y abismo;
El hombre que lo pasa descuidado
Perece por sí mismo.
¡Ay, no te arrastre su letal encanto!
¡Cuánto mi amor recela!
Váste y me dejas anegada en llanto
¡Paloma pequeñuela!

INVOCACIÓN AL DIOS DE LA GUERRA.

¡Invisible poder de cielo y tierra,
Señor omnipotente dé la guerra,
Invicto lidiador:
Tu pueblo ante tus aras se presenta,
Y al rudo asalto y á la lid sangrienta
Se apresta con valor!
La muerte, á tu mandato se levanta:
Tiembla el suelo oprimido de tu planta:

Huye el numen de paz :
Y abre y dilata sus profundos senos,
De eterna noche y de silencio llenos,
El sepulcro voraz.

¡Cuánta sangre vertida por la espada
Descenderá al abismo, consagrada
Al infernal furor!

¡Cuántos cuerpos truncados, insepultos,
En montes asperísimos, incultos,
Serán ofrenda al sol!

Sus víctimas señala airado el cielo,
Y lágrimas sin término y sin duelo
Á la tierra infeliz :

Ignora de su amor la dulce esposa,
Y del hijo la madre cariñosa
¡Ay! el próximo fin.

Hermosa imagen de su padre, el hijo
Derrama en su morada el regocijo
Con infantil candor !

Crece, robusto joven, y en un punto,
Cayendo inmóvil en la lid, difunto,
Causa inmenso dolor.

Breves son los instantes del contento,
Larguísimas las horas del tormento,
Prolijo el padecer :

Tal es la suerte que á los hombres cupo :
Así con sabio porvenir lo supo
El cielo disponer.

Que si nos dió, con término y medida,
Beber las dulces auras de la vida
Y ver su clara luz ;
Hace también, sin que crueldad implique,
Que la guerra nos postre y sacrifique
Con fúnebre segur.

Del sepulcro voraz somos tributo :
Somos al reino de pavor y luto
Ofrenda funeral :
Inevitables víctimas nacemos ;
Y en sacrificio al cielo nos debemos

Con término fatal.

Al que muera en la lucha sanguinosa
Traslada ¡oh Dios! con mano poderosa
Á la etérea mansión :
Ciñe su frente con diadema de oro,
Y vístelo de pompa y de decoro
Con vívido esplendor.

Abre la helada mano de la muerte
Gloriosas puertas al guerrero fuerte
Que expira en dura lid ;
Aposéntalo el sol en sus palacios,
De cristal fabricados, y topacios
En campos de zafir.

Allí, en jardines llenos de verdura,
Do florecen con plácida frescura
El cedro y el laurel ;
Cabe tanques y fuentes bulliciosas,
Gusta del lirio y encendidas rosas
La perfumada miel.

Concede ¡oh Dios! un ánimo valiente,
Invicto brazo y corazón ardiente,
Al bravo lidiador :
Haz su espada triunfar en las batallas,
Postra á sus pies ciudades y murallas,
Míralo con favor.

PLEGARIA AL DIOS DEL AGUA.

Potente Dios del agua,
Que allá en región oculta
Resides en jardines
De célica hermosura ;
Á quien halagan siempre
Las auras que susurran,
Las ramas que se mecen,
Las fuentes que murmuran :

A quien puros inciensos
Rodean y perfuman;
Á quien canoras aves
Dulcísimas adulan.
Los genios, á quien mandas
Que tus decretos cumplan,
Nos privan de los dones
Que en tu morada abundan.
Los frescos manantiales
Cerraron en sus urnas,
Y niegan á los campos
Tus bienhechoras lluvias.
Lleváronse á su hermana,
Á la deidad augusta
Que nos daba las mieses
Solícita y fecunda;
Las mieses, más preciosas
Que las riquezas sumas
Y que las perlas raras
Que da la mar cerúlea.
Resquíebrase abrasada
La triste tierra inculca,
Trocando en polvo estéril
Sus galas y verdura.
Sobre el pesado fango
De la muerta laguna,
Ni el cisne se pasea,
Ni la barquilla cruza.
Pide en su pena al cielo
El labrador ayuda,
Y el sol, con rayo ardiente,
Tuesta su faz adusta.
Cuando la triste aurora
En el Oriente alumbra
No el coro de las aves
Festivo la saluda.
Cuando de noche reina
La soñolienta luna,
Nubes no la coronan

Que la mudanza anuncian.
El hijo pequeñuelo
El seco pecho estruja
De la madre, que al seno
Lo estrecha con angustia.
Á tus altares corre
La desolada turba
Con pálidos semblantes
Y desceñidas túnicas.
Mira al pequeño infante
Que en desvalida cuna
Por el sustento clama
Y refrigerio busca.
¡Ay! atiende á sus ruegos,
Sus clamores escucha,
Y á nuestros campos vuelve
La pompa y hermosura.
Abre las fuentes claras,
Nuestros valles inunda,
Restituye á sus diques
La plácida laguna.
Mas no de lo alto lances
El rayo que relumbra :
No sufren nuestros ojos
La luz que los ofusca:
El espantoso trueno
Que horrisono retumba,
Postra al anciano débil
Y al tierno niño asusta.
Alguna vez del orbe
Vendrá á noche profunda,
Herida de tus rayos,
La excelsa arquitectura.
Ahora nos liberta
De presenciar la lucha
Con que la tierra y cielo
En el abismo se hundan.